

ALONE

ALFONSO REYES

La palabra escrita e impresa constituye una expresión tan lejana como imperfecta del ser íntimo; antes dice lo que desearíamos ser que lo que somos. Más cerca queda la letra manuscrita; y más aún la mano, o el rostro, o la mirada.

Por eso, a veces, no conviene ver a un escritor admirado y desconocido; su presencia endurece los conceptos y algo se interpone, en adelante, entre ellos y nuestra lectura. El hombre empequeñece al autor o lo distancia, invenciblemente.

Otras veces —la variedad humana es infinita— sucede justamente lo contrario. La proximidad como que derrite un hielo, tal vez purísimo y hasta deslumbrador; pero difícil de penetrar y que no se asimilaba. Un gesto, una palabra bastan para operar el milagro, y como el agua fluye la conversación cordial, esa manera de comunicación incomparable.

Ha sido el caso de Alfonso Reyes.

Tenía entre nosotros muchos admiradores. Creemos que ninguno lograba definirlo por completo; la obra del escritor mexicano ofrece tantas facetas cambiantes, tantas insinuaciones en tantos sentidos diversos, que no se deja coger ni abarcar en conjunto por cualquiera. Se le conocían ensayos, poemas, artículos, críticas, pequeños cuadros, casi esbozos de novelas o de cuentos, estrofas diáfanas, prosas exquisitas, de una transparencia resistente y diamantina; y creíase ver tras esas páginas lo que se llama, con fórmula demasiado repetida, “una personalidad muy interesante”. Gran cultura, viajes, ecuanimidad abierta, aristocracia de espíritu, rigor de gusto, luces y más luces, en todas direcciones. ¿De dónde partían las luces? ¿A dónde se encaminaba la cultura? ¿Qué lo guiaba en sus viajes por la realidad y la fantasía?

El hombre escurriase y como que se esfumaba un poco al dispersarse por los cuatro vientos.

Pero vino. Estuvo entre nosotros cuarenta días y cuarenta noches. Y se marchó.

Ahora ya sabemos. Lo que se sabe no parece mucho. Tal vez se hablaba más de él mayor número de palabras, si bien nunca tan significativas ni tan cargadas de emoción, sobre todo, tan distintas de las habituales entre escritores para hablar de un escritor. Se dice, simplemente, con un acento bien convencido:

—¡Qué hombre tan bueno!

Esa es la verdad que, tal vez sin quererlo, acaso sin saberlo, ha venido a revelarnos Alfonso Reyes con su visita. La existencia de la gran bondad en el alma de un grande escritor. El no podía decirla claramente en sus libros, aunque tan hábil artista de la frase y quién sabe si por el mismo pudor del arte muy refinado. La bondad auténtica prefiere esconderse un poco y es de carácter esquivo. Es la Inteligencia la que gusta mostrarse en primer término, con la Sabiduría y todo su cortejo. Cuando aparece en las obras, nunca nos inspira gran confianza la bondad: tememos que figure a modo de recurso literario o de anzuelo. En cambio, en el gesto, en la palabra viva, especialmente en esa terrible indiscreta que es la mirada, ya no cabe ocultamiento ni falsificación. Uno mira, oye y juzga sin vacilar, en el espacio de un segundo. Inútil era que a Alfonso Reyes lo llamaran, sonoramente, durante una comida, "Embajador": sus ojillos se burlaban del tratamiento pomposo, y nos decían a través de la mesa, con voz inaudible: —No importa, no crean nada: soy un amigo, un buen amigo. ¡Qué cosa tan rara y de tan fino gusto esa palabrita insignificante! Lo mirábamos como reconociéndolo y con una sonrisa que no respondía a nada que se hubiera dicho. A la sorpresa del primer encuentro sucedía la alegría del segundo, y después la certidumbre, la confianza plena. No, ya no cabía duda. Era un hombre bueno. Podía brillar, podía imponerse y dejar caer sentencias dogmáticas; prefería ponerse a nuestro nivel y seguir una charla atenta que nos alzaba hasta su atmósfera, haciéndonos respirar un aire puro. No tenía esos juicios benévolos por parejo de los que desean aparecer magnánimos; calificaba y clasificaba perfectamente, a veces con ingenio incisivo, nunca con hiel ni vinagre. Jamás una gota de amargura ni aun en las heces de su copa, toda llena de vino generoso, ofrecido en abundancia. A esa luz que de su presencia fluía

iban mostrándose cada vez más firmes las líneas de su arquitectura intelectual, sólidamente tallada de un equilibrio maravilloso y de plenitud completa. Quince años de vida europea en centros de estudio de primer orden, junto a grandes maestros, han ampliado su visión hasta tocar ambos extremos con seguridad; sus ideas satisfacían igualmente a los de uno y otro bando, de tal manera que, sorprendido un reaccionario ferviente por el acuerdo que en ciertos puntos vitales descubriase con este representante de un país avanzado, no pudo menos de manifestárselo, muy alegre por cierto; Alfonso Reyes, deteniéndose un momento —subíamos las escalinatas de un gran parque montaños—, se ubicó en esta forma: —Hombre, la verdad es que yo en mi patria he hallado medio de ser un reaccionario de extrema izquierda.

Había que dar una fórmula y la daba.

Por encima de ella, sentíase al artista, al que comulga con todos en la belleza sin frontera; y más arriba aún, al hombre de corazón y de bondad, que conoce comuniones todavía más altas y más íntimas. Porque si la Belleza, según la definición célebre, puede considerarse un resplandor de la Verdad, el sentimiento de lo bueno y el amor a lo puro constituyen la verdad misma.



Habríamos querido dejarlo entre nosotros.

En un ambiente literario e intelectual como el nuestro, donde no faltan las voluntades ni los talentos, pero que carece de unidad coordinadora, el prestigio de un hombre, digno por todos lados de prestigio, podría ser el núcleo de influencia que organizara un gran movimiento renovador.

No pudo ser.

Sus deberes se lo llevaron y se fue como había venido.

Pero nos queda la revelación que trajo, la pequeña gran palabra, íntima y secreta, sencilla y profunda; y la idea de que, en adelante, cuando lo leamos, cuando recibamos su correspondencia —esa profusa correspondencia que reparte por todo el mundo, en un afán de entrega inagotable—, lo entenderemos mejor y sabremos leer no solamente lo que está escrito.